

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AÑO V.—NÚM. 2.º

REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15.

Mayo 1879

Se publicarán ocho números mensuales conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro, mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Héroes de la Conquista, Hernan Perez del Pulgar, por R. Milan.—**A Dios,** poesia, por Velarde.—**Calvario y redencion,** por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La pendiente del abismo,** por id.—**Sección doctrinal,** por id.

HÉROES DE LA CONQUISTA.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR, EL DE LAS HAZAÑAS.

Entre los famosos capitanes que florecieron durante el reinado de Don Fernando y Doña Isabel, ninguno con mas razon merece tenerse en cuenta por el historiador, que el que supo, a fuerza de íclitos y memorables hechos, granjearse fama cumplida entre los mas esforzados, haciéndose distinguir por un renombre, tanto mas glorioso, cuanto fué ganado merced á sus muchas y extraordinarias hazañas.

Bajo este concepto, pasaremos á hacer una reseña histórica del personaje que nos ocupa.

Tres son los periodos en que dividiremos nosotros su vida; y aunque tarea superior á nues-

tras fuerzas, la emprenderemos á fuer de imparciales y verídicos, haciendo un resumen de sus principales hechos, capaces por sí solos de llenar muchos volúmenes y de ocupar con gloria plumas mejor cortadas que la nuestra.

Conceptuándolo como guerrero, pocas serán en nuestra patria las personas que no sepan algunas de sus heroicidades, siendo como son proverbiales hasta entre la gente menos instruida. Nosotros, amantes de todo lo que nos recuerde las gloriosas acciones de nuestros mayores, pasaremos á relatarlas todas ellas, dando despues una sucinta idea de Pulgar como escritor y hombre privado.

Nació Hernan Perez del Pulgar, llamado el de las Hazañas, en Ciudad Real, provincia de la Mancha, el martes 27 de julio del año 1451. Por el lado paterno descendia de un antiguo solar de Asturias, en el lugar de la Cortina, concejo de Lena. Su linaje era tenido por uno de los buenos entre los mejores. Eran sus ascendientes por parte de madre los del esclarecido linaje de Osorio. Fueron sus padres D. Rodrigo Perez del Pulgar, y Doña Constanza de Osorio, hija del comendador de Socobos, y nieta del marqués de Astorga.

Recibió Hernando una educacion esmerada, y desde mozo comenzó á anunciar sus generosos ímpetus, teniendo por norma el ejemplo de su

virtuoso padre, encanecido en el servicio de su patria.

Quedó huérfano apenas salido de la adolescencia, y encargado de mantener el esplendor de su casa. Durante las revueltas que agitaron los primeros años del reinado de D. Fernando y Doña Isabel, fué cuando comenzó Pulgar á presagiar que iba á ser con el tiempo el caballero mas cumplido de su época.

Ansioso de conquistar á fuerza de hazañas su nombre, digno de figurar entre los de tantos esclarecidos varones como seguían los reales de los católicos monarcas, y apenas recuperado del sentimiento que le causó la muerte de su padre, salió Hernando del Pulgar á probar en el campo el temple de sus armas con tan buen éxito, que sin mas recomendacion que su espada, y cuando entre la muchedumbre de esforzados guerreros se distinguían apenas los mas afamados, logró llamar la atención de los reyes, los cuales le nombraron continuo de su casa, en premio de sus primeros hechos.

Alejados los franceses del territorio de Castilla, y forzados los portugueses á reconocer por justo y legal el gobierno de Doña Isabel, se apaciguaron los ánimos y tornó Pulgar á sus hogares, honrado y satisfecho, aunque atento siempre el oído y la mano en la espada, para acorrer donde su patria y sus reyes le llamasen.

Poco tiempo duró su inacción. Rotas las treguas por los moros con el rebato y toma de Zahara, cundieron por Castilla con la velocidad del rayo los deseos de la venganza. Inflamado el ánimo con tan atroz villanía, voló el marqués de Cádiz á tomar de los infieles pronto y cabal desagravio; y casi al mismo tiempo de saberse en Castilla el desastre de Zahara, llegó la nueva de la toma de Alhama, ganada por aquel caudillo en el corto término de una noche.

Privado el monarca moro de una ciudad que era, con razon, tenida por una de las llaves de su reino, reunió una numerosa hueste á cuya cabeza se puso, resuelto á no alzar mano hasta recobrarla á todo trance.

En tal conflicto, y viéndose los reyes de Castilla sin poder prestar á los de Alhama el socorro que reclamaban, resolvieron mandarles un caballero que fuese capaz por sí solo de sostener su valor, mientras se hacían los aprestos necesarios para salvarlos. En tal momento recordaron el nombre de aquel Pulgar que supo granjearse su estimacion, y este fué el elegido para la empresa. Recibió el jóven su mandato, y acompañado tan solo de un escudero, voló á Alhama, resuelto á perecer en la demanda, ó á ganar mas fama que todos los caballeros de Casti-

lla. Con este propósito se entró en la ciudad cuando mas arreciaba el peligro; puesto que acosados los cristianos que la guardaban de la sed y del hambre, y sitiados por la hueste enemiga, no tenían mas esperanza que la de Dios para librarse del cautiverio ó de la muerte. Desfallecidos sus ánimos con tantas vigiliass y sufrimientos, y forzados á veces á beber el agua mezclada con su propia sangre, vieron en Pulgar, que se ofreció á sacarlos de tal estado, un ángel enviado por la Providencia para finalizar sus trabajos.

Brindose el esforzado jóven á salir solo para proporcionar auxilios á los de la ciudad: el cielo que desde sus primeros pasos se le mostraba propicio, le allanó el camino para salir de ella y atravesar por medio de los infieles. Pulgar sin otro auxilio que su espada y su esforzado corazón, llegó á Antequera; y sin escasear súplicas y ruegos consiguió á fuerza de trabajo salir á los pocos dias con abundantes provisiones, y capitaneando unos cuantos guerreros que como él solo veían la gloria, á través de los riesgos de tan aventurada empresa.

No les aconteció cosa notable al principio del camino; mas al desembocar en los llanos de Cantaril, se hallaron cercados por una nube de moros, y coronados los vecinos montes con los turbantes y cimitarras. Arredrados algunos de los cristianos, comenzaron á remolinearse y á cejar; pero apenas Pulgar echó de ver que miraban mas por la vida que por la conservacion de la honra, cuando diciéndoles «¿Qué haceis, cobardes, qué haceis? De cuando acá los moros han visto las espaldas á un castellano?» arremetió por medio de los suyos, hiriéndolos con su lanza y empujándolos contra el enemigo. Este rasgo de valentía restauró como por encanto el ánimo de aquellos guerreros, y revolviendo como un torbellino contra los moros, barrieron la llanura y los arrojaron á los montes.

Con sigilo y por caminos estraviados se fué Pulgar acercando á Alhama, y al despuntar de una mañana nebulosa, sobrecogiéndole á los moros entorpecidos por el frio y el sueño, rompió por medio de ellos, y llegó al pié de las murallas.

(Continuará.)

R. M.

A DIOS.

Ni pretendo comprenderte,
ni llegar á definirte;

tan solo aspiro á sentirte,
á admirarte y á quererte.

Quien vaya á tí de otra suerte
luchará con la impotencia:
te busca la inteligencia
de lo infinito en el fondo,
y tú habitas lo mas hondo
y oculto de la conciencia.

Sin ternura y sin amor
la mente desatentada
te busca en lo que anonada,
en lo que infunde terror;

en el rayo asolador,
en la batalla cruenta,
en el volcan que revienta,
en el vendabal que brama,
en el nublado, en la llama,
en la noche, en la tormenta.

Y el corazon te va á hallar
en donde ve sonreír
y hay que amar y bendecir
y lágrimas que enjugar;
y te mira palpar,
prestando vida y calor
en cuanto respira amor,
en el iris, en la bruma,
en el aroma, en la espuma,
en el nido y en la flor.

Como en el yermo la palma,
como el astro en el vacío,
pones en la flor, rocío,
y sentimiento en el alma.

Truecas la tormenta en calma
y en dulce sonrisa el lloro;
y llevando tu tesoro
á donde el hombre la ruina,
con la rosa purpurina
el erial bordas de oro.

Tú, Dios, formaste, al crear
del universo el palacio,
con un suspiro, el espacio,
con una lágrima, el mar.

Y queriéndonos probar
que el que te adora te alcanza,
como señal de bonanza
has dibujado en el cielo
la aurora, que es el consuelo,
y el iris, que es la esperanza.

Tu purísimo esplendor
el universo colora,
come el beso de la aurora
los pétalos de la flor:
y si tu soplo creador
en el caos se derrama,
el mismo caos se inflama,
y entre nubes y arreboles
brotan estrellas y soles
como chispas de la llama.

Así, cuando nada era,
á tu voz, jamás oída,
tomó movimiento y vida
la naturaleza entera.
Surcó el río la pradera,
dió la flor fragancia suma
la luz disipó la bruma,
y tu aliento soberano
la ola hinchó en el Océano
y la coronó de espuma.

Mas con ser la suma esencia,
es tu arrogancia, humildad,
tu riqueza, caridad,
y tu justicia, clemencia,
pues quiso tu omnipotencia
las flores por incensario,
el monte por santuario,
por águilas golondrinas,
por toda corona espinas,
por todo trono el calvario.

VELARDE.

CALVARIO Y REDENCION

CARTAS DE TRES HERMANOS

Fabian á Maria.

Muy impaciente me tienes, querida hermana mia, desde que he recibido tu última carta, en la cual me refieres los postreros momentos de tu estancia en la quinta de la palma.

Oh! desde aquí te mira siempre mi alma como una pobre flor azotada por los vientos y combatida por el huracan, pero siempre firme, siempre pura, siempre blanca é inmaculada! Desde aquí peno y sufro contigo, y aunque deseo conocer el proyecto de que me hablas, lo temo tambien, por que ¡ay! creo que le adivino,

Pero hablemos de otra cosa, que debe tenerte inquieta por lo mucho que puede influir en nuestro porvenir.

Ya recordarás que al salir de casa de Castell, quedó aplazada su contestacion definitiva hasta dentro de tres dias. Esto destruía todos mis planes, por que una vez que Castell y D. Pedro llegasen á verse, todo estaba perdido, y deshecho cuando yo habia logrado hasta entonces, valiéndome de la sorpresa; y en un tiempo tan largo era indudable que se buscarian.

Indeciso, contrariado, sin saber que partido adoptar, caminé algun tiempo á la ventura pidiendo al cielo una inspiracion cualquiera para adquirir una prueba, un hilo, por ligero que fuera que me guiase en aquel laberinto.

--Oh! pensé, al ver mi impotencia: ¿y van á burlarse de la justicia de los hombre? van á quedar impune su delito, y yo reducido á la inaccion, hoy que todo lo sé, hoy que conozco su infame conducta? Si pudiese conseguir de D. Pedro lo que no he logrado de su cómplice, si llegase á alcanzar....?

Y guiado por no sé que extraño pensamiento me dirijí hácia la casa que habita Ossorio, y que dista mucho del sitio en que me hallaba.

Penetré, como lo habia hecho otras veces, en el patio interior, y por allí al cuarto del enfermo, á quien encontré cada vez mas débil y mas acabado por el mal.

Sin embargo de su estado, no sé si por que el remordimiento le impela á ello, por el recuerdo de nuestro padre, ó por otra causa que no sabria

explicar, este infeliz que contribuyó tanto á nuestra desgracia, me demuestra un afecto y una sumision estremada.

Sentéme junto á su cama y le prodijé algunas palabras de consuelo y piedad.

--Oh! señor, exclamó, me siento muy mal, muy mal, creo que voy á morir, y solo anhelaria ver remediado el daño que hice, para dejar la vida algo mas tranquilo.

--Ya he dicho á V. que le perdono de corazon y esto debe servirle de mucho.

--Es que, sobre todo, anhele el perdón de Dios.

--El arrepentimiento borra todas las culpas y la penitencia purifica el alma enteramente.

--Oh! si yo pudiera.... si yo pudiera escuchar esas palabras de boca de un ministro de Dios en mi hora postrera!

--Y porqué no alcanzarlo?

--Ya he dicho á V. que D. Pedro se ha negado siempre á que yo llame á un sacerdote; tal vez temia que descubriese la verdad del pasado y entonces.... por eso se negaba á mi peticion.

--Eso es una infamia, de la cual V. ha debido protestar.

--Estaba solo; mi hijo es muy niño, y como yo no podia explicarle los motivos de esta prohibicion, entre los dos me han tenido aquí aislado, sin hablar con nadie... y hasta, uno por un refinamiento de infamia á dicho que me hallaba loco, y el otro lo há creído por un efecto de su inesperienza.

--Pero ahora....

--Ahora es diferente: le he visto á V., le he hablado; V. me ha jurado que mi pobre hijo no tiene nada que temer, y yo... ¿que me puede importar un mundo que muy pronto debo abandonar? tras tan largos años de inaccion y sufrimiento, la muerte es un beneficio, y creo que Dios me lo envia! hoy me siento muy débil: quizá la emocion que me han producido los recuerdos que ayer evoqué, ó el largo relato que le hice... quizá tambien que Dios solo sostenia mi fuerza hasta que cumplierse este deber... ello es que hoy se me acaba la vida, apenas veo y mi pecho oprimido casi no puede respirar.

Abrí la ventana de aquel estrecho cuarto y dejé penetrar la luz, que envió un trémulo y opaco rayo sobre la contraída frente de aquel hombre.

Oh! indudablemente el infeliz tenia razon!

La muerte habia estampado su sello en aquel rostro demacrado.

Y si aquel infeliz sucumbia, con él tambien moria mi postrera esperanza ya.

Permanecí algun tiempo preocupado con aquel

doloroso espectáculo, hasta que el enfermo exclamó, tendiendo hacia mí sus descarnadas manos.

—Si accediese V. á mi súplicas, si el hijo de mis nobles señores quisiera prestar un último servicio á su antiguo criado, si me trajese V. un sacerdote!

—Sí, le respondí, sí; esta misma noche quedará satisfecho ese anhelo. Yo me encargo de ello: repasé V. entre tanto su memoria, reuna todos sus recuerdos, pensando que es á Dios mismo á quien va á hablar.

El enfermo inclinó la cabeza y pareció recogerse en una profunda meditacion.

Diego entró entonces en la estancia: le traía á su padre algunos alimentos que entre los dos probamos á hacerle tomar.

El pobre muchacho miraba al enfermo con afán, notando sin duda su creciente postracion.

—Está V. hoy peor, padre mío? preguntó.

—Sí, sí, Diego, respondió el anciano debilmente, pero ya no siento tanto morir, puesto que te dejo un digno protector.

El jóven me miró, como interrogando mi semblante.

—Sí, hijo mío, le dije en voz baja, tu padre dice bien.

—Pero si está mas malo, es preciso avisar al señor Marqués, que me tiene mandado le participe cualquier novedad.

—Oh! para no permitir la entrada á nadie, exclamó el enfermo con espanto, para que muera solo... y... No, no, hijo mío, no le digas que estoy peor!

—Padre... murmuró Diego asombrado, es que luego....

—Nada temas, le dije yo, tu padre desea que venga á verle un sacerdote, necesita tambien un médico, y acaso tu señor...

—D. Pedro dice que esas son aprensiones, que su cerebro está estraviado, y sobre todo que nada se ha de hacer sin que el lo ordene.

—Ya lo ves.

—Pero por que no quiere?....

—Ahora no es tiempo de pensar en eso.

—Es que si mi padre está realmente en peligro, yo debo...

—Dejalo todo á mi cuidado, hijo mío, le respondí, empezando á tomar una resolucion.

—Sí, murmuró el anciano, obedece á este jóven como me obedecieras á mí, y sobre todo, amale mucho, pues tienes que pagarle una gran deuda de gratitud y de cariño.

—Que debo hacer? me preguntó el muchacho fijando en mi sus ojos, en que se veian estampadas la duda y el dolor.

Refleccione un instante, y dije despues.

—Donde está tu señor?

—En su despacho: se ha retirado allí, muy temprano.

—Está solo?

—Enteramente. El Marqués está muy agitado muy inquieto desde ayer, y me ha dado orden que no deje pasar á nadie, á nadie como no sea á su banquero, al señor de Castell, á quien creo que está aguardando.

—Oh! sí! él quizá vendrá! pero es preciso que no se vean!

—Que dice V? preguntó Diego cada vez mas admirado.

—Que en vez de cumplir esas órdenes, vas á decir al portero que tu señor no está en casa ni quiere recibir esta noche, sobre todo al señor Castell.

—Como, á él? pues si manifiesta una gran impaciencia por verle, exclamó Diego.

—No importa, obedece, hijo mío, tu no puedes comprender cuan importante es para mí que esos hombres no se hablen, le dije yo con un acento que debió convencerle, pues inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ahora, continúe, voy á salir, voy á traer un médico y un sacerdote; luego... cuando sea tarde, muy tarde; cuando tu señor se recoja, es preciso que me guies á su dormitorio y que ninguno sepa que llevo hasta allí.

El muchacho dió un paso hacia atrás y manifestó tal sorpresa que adiviné el pensamiento que se agitaba en su mente.

Su padre tambien lo comprendió, pues murmuró con voz débil.

—Nada que no sea justo y digno y noble podrá hacer este jóven, en el cual, desde hoy en adelante, podrás mirar á tu lejítimo señor!

Despues de asegurarme que mis órdenes serian cumplidas, salí de la habitacion, crucé el patio interior, y por un pequeño postigo que utilizaba la servidumbre, salí á la calle, resuelto, á llevar á cabo un plan atrevido é incierto, pero el solo que podia conducirme al logro de mis deseos.

No te diré, hermana mia, el trabajo que me costó á mí, extraño en aquella inmensa poblacion, el buscar un doctor sabio y prudente, y sobre todo un sacerdote católico. Pero Dios favoreció mi proyecto, pues al fin, y una hora despues, un medico distinguido y de gran reputacion, y un anciano y virtuoso ministro de Dios, llegaban conmigo al estrecho y aislado postigo de la casa de D. Pedro.

Diego nos franqueó la entrada, y el enfermo que nos aguardaba con ansiedad, dejó escapar

una exclamacion de alegria al vernos.

—Ante todo, dije dirigiéndome al hombre de la ciencia, examino V. á este anciano, y manifieste si está en el pleno uso de su razon y si antes de dedicarse esclusivamente al cuidado de la otra vida, podrá, sin peligro, prestar alguna declaracion, y arreglar los asuntos de esta.

El médico examinó detenidamente al enfermo y declaró resueltamente que aquel hombre estaba en el completo goce de su inteligencia, y que aunque su muerte era inevitable, no la creia tan próxima aún.

—Entonces, añadí yo, dirigiéndome al representante de Dios, entonces, padre mio, escuche V. la confesion de ese anciano, y traslade de ella al papel, todo lo que el crea necesario para castigar el crimen y hacer brillar la justicia.

Su alto ministerio le dara mayor fuerza, y una familia desgraciada le deberá á V. su rehabilitacion y su ventura.

El doctor quiso retirarse, pero añadí dirigiéndome á él.

—No, su firma de V. y la manifestacion que acaba de hacer son de gran importancia en este escrito.

Una hora mas tarde yo tenia en mi mano, firmada por el médico y el sacerdote, la declaracion del moribundo, confirmando cuanto me habia revelado, y asegurandolo con la fe de un juramento, tanto mas santo y mas solemne cuanto que estaba hecho al borde mismo del sepulcro.

Cuando todo estuvo concluido, el médico se alejó, el moribundo quiso quedar á solas con el ministro del Señor, y yo cogiendo el brazo de Diego,

—Ahora, le dije, ahora es preciso que me conduzcas en silencio al cuarto de tu señor.

El niño sin responder hechó á andar y me guió en la oscuridad.

Todos dormian; la media noche habia sonado ya, y pudimos atravesar algunas habitaciones sin que ninguno se apercibiese de nuestra presencia.

El rumor de nuestros pasos se apagaba entre las alfombras que cubrian el pavimento y así cruzamos corredores y ante-salas, hasta penetrar en una vasta pieza decorada con un lujo suntuoso.

—Este es el despacho, murmuró Diego con voz muy queda, este es el despacho y esa la puerta de la alcoba donde duerme el señor Marqués.

—Déjame solo y vé á esperarme en el cuarto de tu padre, exclamé rápidamente.

—Pero... dijo el niño sin poder dominar su temor; pero ¿qué vá V. á hacer?

—Nada me preguntes, le respondí, nada me preguntes, pero si te interesas por tu señor, ruega á Dios, hijo mio, por él y por mí.

Comprendo hermana mia, que mis palabras, te alarman, pero tranquilízate; Dios no me podia abandonar.

Quisiera decírtelo todo, pero esta carta es demasiado larga ya y debo concluir hoy para continuar mañana.

No me culpes por ello; estoy demasiado fatigado y no puedo proseguir.

Adios pues, mi pobre Maria, adios; hasta dentro de algunas horas se despide de tí tu hermano

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

(CONTINUACION.)

Mercedes permaneció algun tiempo con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho, en señal de duelo y resignada pena.

Oh! muy amarga era la prueba que Dios la ofrecia, muy amarga! pero para sostenerla en ella, estaba allí, la fe con su dulce hermana la esperanza celestial: la esperanza mas noble, mas imperecedera que puede alentar el corazon del hombre! la de que un Dios, Señor del Universo, y padre de los hombres, miraba sus dolores y la daria un premio por su resignacion.

La noche habia sobrevenido completamente, y la sombra era densa ya en aquellas pobres habitaciones.

Mercedes se levantó; encendió luz, y dirigió una mirada confusa y vaga en derredor. Sobre una silla vió las cortísimas provisiones que habia comprado para su hija, con el producto de la venta de su amado rosario, y á esta vista recordó que la pobre Luisa estaba enferma, debil, próxima a morir, y todo su inmenso amor de madre se ajito en su alma, dominando los otros sentimientos que la embargaban.

—Oh! mi hija! murmuró solamente, hija mia! y se dirigió con paso rápido á la alcoba de la enferma.

D. Diego la aguardaba con afan, con un afan infinito, lleno de ansiedad. La esperanza que podia ver realizada ó deshecha en aquella hora suprema, le hacia sufrir demasiado.

La niña, ni aun tenia fuerzas ya para esperar

—Oh! gracias á Dios que estés aquí, exclamó el anciano al ver llegar á su esposa; gracias á Dios que traes luz.

—Hija! exclamó Mercedes dirigiéndose al lecho de su pobre ángel, hija mia, ámate un momento, es preciso que abras los ojos, que me mires: es preciso que tomes fuerzas: oye, aquí te traigo caldo, bizcochos... oh! toma, toma por Dios!

La niña abrió penosamente los ojos, y fijó en su madre una mirada dulcísima, pero tan triste que la pobre Mercedes sintió desgarrada su alma.

Con un amor infinito, con un cuidado indecible, acercó á los labios de Luisa una cuchara en que habia algunas gotas de vino mezclado con caldo, la joven las tragó con ansia.

Aquella pobre naturaleza destrozada por los sufrimientos y la miseria, ansiaba animarse, ansiaba tornar á la vida, que es tan hermosa á los quince años! Ay! Luisa se asemejaba á esas pobres flores á quien los rayos de un sol demasiado ardiente han hecho languidecer é inclinarse hacia la tierra, pero á quien una gota de agua ó de húmedo rocío, vuelven la frescura y el vigor y la lozanía.

Mercedes le siguió dando aquel caldo y aquel vino; luego mojó unos bizcochos en este último, y Luisa los comió, animándose cada vez mas.

Su madre la veía tornar á la existencia, loca de gozo y transida de dolor.

Ay! es terrible ver que se muere un hijo; y saber que puede salvarse, y carecer de dinero para volverle á la vida!

D. Diego las miraba á las dos presa de un sentimiento que en vano trataríamos de pintar! por que él tambien era anciano, él tambien se sentia necesitado! él ¡ay! tambien tenia hambre! Mercedes, ángel de consuelo y resignacion, alma de mártir encerrada en el cuerpo de una santa, adivinó cuanto pasaba por su anciano esposo, y olvidándose de sí misma, de su sobresalto, de su desesperacion por los sucesos que preveía, hizo un esfuerzo supremo, y sonriendo dulcemente le presentó parte de las provisiones que acababa de traer, diciéndole con temblorosa voz.

—Toma, Diego, toma, es preciso que tú tambien recobres alguna fuerza.

—Sí, tienes razon: es forzoso estar firme, prevenido, tengo que hablar con la persona que venga en nombre del señor, de S... ó con él mismo quizá; oh! yo espero.... yo espero tanto de ese hombre! estoy cierto que al ver nuestra situacion, al comprender lo que hemos sufrido, y que sin embargo no hemos cedido á una mala tentacion, hemos respetado su depósito mante-

niéndonos honrados, sabrá apreciar en cuanto vale nuestra rectitud, y nos recompensará por ella.

Mercedes tuvo que apoyarse en la cama de su hija para no caer al suelo, tal fué el desvanecimiento y la impresion que le produjeron estas palabras.

—Ya verás, continuó el anciano, que por esa ley precisa que hace que se toquen los extremos, tenia algo de niño en medio de su vejez, y se impacientaba fuertemente y sonreía lleno de júbilo ante la mas pequeña esperanza. Ya verás! ¿qué te parece á tí que podrá darnos?

—No sé... no sé! murmuró Mercedes con voz desfallecida.

—Quizá... él debe ser rico, cuando durante tanto tiempo no ha pensado en ese dinero! y entonces... quién sabe! tal vez podemos contar con quinientos ó mil reales... y ¡caso algo mas! entonces ya verás, hija mia, como salimos algun dia, ¡por que yo tengo tanta gana de respirar el aire, de ver el sol! tomaremos un carruaje... bien podemos hacer este gaato una ó dos veces siquiera; ¡hace tanto tiempo que estoy clavado en este sillón! y tú, Luisa, tu tambien lo necesitas, por que pasados algunos dias de un buen régimen, de un buen cuido, te podrás levantar, dejar ese lecho, en el cual te miro con tanto dolor.

—Oh! dijo la niña suspirando con angustia ¡si yo lograra correr por el campo! ver la estension del cielo, los árboles, las flores, que dichosa seria! á veces, padre mio, cuando veo pasar, sujeta en este cuarto, tantos y tantos dias, pienso que en el cielo habrá luz, habrá sol, habrá flores y libertad, y creo que no debe ser tan malo morir, porque allí no habrá tristeza, ni nubes, ni lágrimas.

Mercedes, pálida como un cadáver se llevó una mano al corazon, por que creia que algo se desgarraba dentro de él.

—Oh! desecha esas ideas, hija mia, dijo D. Diego, ¡tambien la vida tiene alegrías, aunque nosotros no las conozcamos! Mas ahora, ámate, la esperanza nos sonrie, y esta noche... En aquel momento llamaron á la puerta de la estancia, y el anciano estremeciéndose prosiguió mas bajo.

—Oh! gracias á Dios! creí que nunca iba á llegar ese hombre... por que debe ser él, ¿es verdad? Oh! vé á abrir, apresúrate Mercedes, ahí está nuestra salvacion.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

La Marquesa de la Fé, se había dirigido con su libro de oraciones á la galería de cristales, donde todas las tardes reunía á su corta familia y á sus criados y á sus colonos para practicar con ellos la primera de las obras de misericordia que se relaciona con el espíritu.

Era temprano aun, pero la noble señora, se encontraba tan bien en aquel sitio, que le prefería á sus magníficas y bien decoradas estancias.

Desde allí, su vista podía vagar por una campiña risueña y hermosa, verde mar de movibles hojas, que la brisa rizaba, como riza con su soplo las intranquilas aguas del oceano.

Desde allí también podía ver el cielo, tan azul y diáfano y sereno como su conciencia, en la cual flotaba siempre, como sobre el éter y sobre los espacios, el augusto nombre de Dios.

La anciana había ocupado su habitual asiento y con el codo apoyado sobre una barandilla de hierro que caía hacia el jardín, dejaba vagar su mirada absorta sobre las flores que en rara profusion le decoraban.

De pronto sus ojos se fijaron en un grupo delicioso formado por Julieta, su hermosa nieta, y por la bella Ana, la hija del jardinero.

Las dos estaban sentadas bajo un rosál cubierto enteramente de flores, que suspendidas sobre sus tallos parecían mirirlas, ó inclinarse para escuchar las palabras que pronunciaban sus labios.

Julieta tenía un precioso libro sobre sus rodillas; un libro de marfil con el ángel de la guarda tallado sobre la tapa.

Era sin duda un devocionario.

Anita, con la frente inclinada, seguía, la dirección que el dedo de su compañera iba marcando sobre las páginas.

Las cabezas de aquellas dos criaturas, tan unidas y tan llenas quizá de un mismo pensamiento: sus blondos cabellos confundidos; su sencilla y descuidada actitud; las rosas que las rodeaban, la inocencia que se retrataban en sus semblantes, la belleza y la paz de aquel lugar, prestaban á semejante cuadro un encanto que nosotros no sabríamos describir, pero que enamoraba sin duda á los ángeles que le contemplaban desde el cielo.

Porque allí, olvidadas ó desconocidas las distinciones sociales, no habíamos que dos almas, tan cándida la una como la otra; allí la noble hija de los ricos señores, daba lecciones á la pobre jardinera, y la enseñaba las oraciones con que podía invocar á Dios.

La Marquesa que las miraba conmovida, lo adivinó todo sin duda, pues una lágrima clara y transparente rodó por sus mejillas, y sus labios se agitaban murmurando acaso una bendición.

De pronto se oyeron gritos y llores un poco mas lejos, al otro lado de la verja del jardín, y las dos niñas dirigieron allí la vista y se levantaron rápidamente; también la anciana miró hacia aquel lado, y pudo

comprender lo que pasaba, observando desde el sitio en que se hallaba, con la mayor atención.

Julieta y Ana llegaron á la verja, y á través de sus hierros, pudieron ver á una niña pobrisimamente vestida que defendía á un perrillo sucio y feo, á quien Adolfo había tirado una piedra, y á quien quería separar de la mendiga para castigarle con mayor crueldad.

Los aullidos que el dolor arrancaba al pobre animal, se mezclaban á los gritos de la muchacha y á las amenazas de Adolfo, formando el todo una algarabía tal que ninguno se podía entender.

Julieta, ligera como un pajarito, abrió la verja, y corrió hacia su hermano, diciéndole con su dulce acento: —Que es eso, Adolfo, que es lo que vas á hacer?

El niño contrariado por la presencia de su hermana y de Anita, se contuvo un momento, y respondió algo confuso, pero irritado todavía.

—Oh! matar á ese perro que acaba de morderme una mano.

—A tí preguntó la niña con afán: pero ¿te ha hecho daño?

—Un poco..... no es casi nada; mas si no le castigo, volverá otra vez á clavarme los dientes. Oh! yo te aseguro que no voy á dejarle uno!

—Ay! no, no por Dios! exclamó sollozando la pordiosera, no le haga V. daño á mi pobre Palomo! y extendió las manos como para proteger al animal.

Julieta también, por un instinto de su alma, que la impulsaba á proteger siempre al mas débil, unió sus ruegos á los de la mendiga, é intentó calmar á su hermano.

—Pero ¿porqué ha sido eso? preguntó; que es lo que ha pasado?

—Es... es, murmuró, el niño, que esta muchacha venía por el camino, á tiempo que yo iba á buscar un nido de pájaros para vosotras; le dije que no siguiera adelante por que iba á espantar á los padres, y yo quería cogerlos también, pero ella no hizo caso y quiso pasar.

—Es que iba.... murmuró la niña tímidamente.

—Cállate, hija mía, dijo Julieta, que mi hermano dirá la verdad.

—La verdad... la verdad es que me enfadé; que intenté sujetarla por un brazo y hacerla volver atrás, y que entonces su pícaro perro se abanzó á mí y me atizó la mano.

—Oh! era por defenderme, señorito, exclamó la muchacha sin poderse contener: Palomo es mi amigo, mi único amigo, y se interesa por mí á su modo, pero él no es malo, no es dañino, jamás muerde á nadie.

—Que no! pues que es esto? y Adolfo colérico y enojado aún, mostraba su mano en la que se veían algunas señales de la acometida de Palomo.

El perrillo creyó que amenazaban otra vez á su ama y volvió á gruñir de nuevo, con lo que se acabó la paciencia del niño, que levantó su bastón sobre el animal.

Julieta y Ana le impidieron descargar el golpe: pero mas que ante los ruegos de las niñas, Adolfo se detuvo ante la voz de su abuela, que le llamaba desde la galería.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.